

Ricardo Larraín Bravo

## Sobre el buen gusto (1)

Todos sabemos que el *gusto* es uno de los cinco sentidos corporales con que se prueba y distingue el sabor de las cosas y que reside principalmente en el paladar. Por analogía se da también este nombre a la facultad que tienen el alma y el cerebro para poder apreciar en debidas condiciones la belleza de los objetos que nos rodean o que producimos nosotros mismos mediante la sabia y estudiada combinación que damos a los objetos, con la ayuda del *Arte*; *el gusto es, pues, la facultad del ser humano — y únicamente de él — de apreciar y de sentir lo bello, de distinguirlo de lo feo y de diferenciar las cualidades, formas y maneras que hacen hermoso o desagradable un objeto cualquiera que contemplamos con detenimiento y estudio.*

La expresión *buen gusto* se usa especialmente en el lenguaje artístico y sirve — por regla general — para indicar ya una ejecución hábil, ya un efecto o impresión exentos de trivialidad.

El gusto se aprende y se adquiere aún cuando no se haya nacido con él; se desarrolla y se encauza gracias a una educación, tanto visual como emotiva, y que deberá estar regida por un razonamiento deductivo.

Dicha educación — indispensable a la cultura intelectual y al bienestar de la vida — es un homenaje que se rinde a la Belleza del mundo exterior, ensalzándola o desmejorándola, según la cualidad misma del gusto.

«Contemplando diariamente las obras maestras, llenas de

---

(1) Charla dada en el Salón de Honor de la Universidad de Chile.

corrección y de nobleza — ha dicho Platón — los genios menos predispuestos a la comprensión de lo que es hermoso, si han sido educados en medio de esas obras, tomarán necesariamente el gusto de lo bello, de lo fino y de lo delicado y se acostumbrarán a seleccionar lo que hay de defectuoso, de bonito o de útil en las obras de arte y en aquellas que nos ofrece la Naturaleza. Esta feliz rectitud de criterio será después una cualidad lógica de su alma.»

El gusto es bueno o malo, categóricamente: jamás el gusto es de apreciación facultativa. No solamente «se puede discutir sobre gustos y colores» en contradicción a lo que afirma un estúpido proverbio, sino que no existen dos especies de buen gusto, a pesar de las tonalidades que manifiesta esa virtud: desde el mediocre al pésimo, desde el menor al superior.

En cuanto a las reglas del gusto, fueron fijadas por la distinción y la delicadeza que nos muestran las obras maestras de los hombres, y que han merecido el respeto y la devoción seculares de las generaciones siguientes.

Sentaremos como principio inmutable, que la base del buen gusto reside en su sencillez y más adelante demostraremos este aserto que — a primera vista — parece una paradoja.

Sencillez lujosa pero sobria; sencillez modesta pero de buen tono, señalan ellas tantas diferencias que — como el tacto — dependen de la intelectualidad del individuo que observa, de su prudencia y de su íntima educación, y así vemos que muchos espíritus cultivados no tienen la menor idea sobre «buen gusto».

La moda pasa con sus excentricidades, que son el gusto del día; los caprichos de esa moda son herejías que se aplauden un momento; pero el tiempo clasifica al fin y aprecia en su justo valor el mérito de estas fantasías, que el Arte sanciona o no, de acuerdo con la Belleza y la Razón.

Ahora bien, al tratar del gusto, es indispensable conocer a fondo las reglas que lo rigen y que forman la *Estética* o sea la filosofía de lo Bello y del Arte, que ayuda al artista para proceder con más seguridad en sus producciones y al criterio para juzgar acertadamente, con arreglo a normas ciertas y seguras, de la obra producida por el genio creador.

Toda investigación en materia relativa a la *Estética* parte del concepto vulgar de la *Belleza*. Hay cosas cuya vista produce placer, cuyo conocimiento complace; otras en cambio no logran sacarnos de la indiferencia; algunas, en fin, desagradan

positivamente y nos hacen apartar la vista con una mueca de disgusto. A estas últimas, el lenguaje vulgar las llama *feas* y a las primeras las denomina *bellas, hermosas*.

Por consiguiente, *es bello todo aquello cuya vista deleita*.

Pero es tan personal la apreciación de la belleza y está tan sujeta a las disposiciones individuales, que hay razón para dudar si ese placer especial que ha de servir de base a la estética, es una modificación en el mundo exterior. No hay duda que la impresión producida por un mismo objeto bello es diferente según la distinta disposición o aptitudes del observador. Pero, la conformidad ha producido obras numerosas sobre las cuales han pasado muchas generaciones, sin que ningún hombre equilibrado y sereno les haya regateado el título de bellas.

La belleza se funda en la excelencia del objeto y en la plenitud de su ser. Las cualidades que se desarrollan y, por decirlo así, florecen al exterior para manifestar la magnificencia del objeto, son su belleza; así como los defectos que salen al exterior, son su fealdad.

Pero, no basta cualquiera perfección para constituir plenamente la belleza; porque hay cosas intachables en sí, a las cuales — sin embargo — el común sentir no tiene por hermosas, sino más bien por feas: basta recordar el aspecto de una máquina, del camello, de un sapo, de la araña, de algunas frutas como el zapallo, del murciélago, etc.

La belleza es, por consiguiente, algo más que la *plenitud del ser*: tiene por características el atractivo y el deleite singular producido por su contemplación: *la belleza será, pues, una perfección que produce complacencia*.

La *integridad* es el primer fundamento de la perfección del ser. Donde ella falta no puede haber belleza: las cosas truncadas y defectuosas ofenden al sentido y hacen sufrir al entendimiento. Por esta razón, lo imperfecto, lo raquíptico, lo mutilado, no será jamás bello: en esta parte no hay diferencia de gustos.

La belleza pide también *variedad* de elementos; pero, coordinados y reducidos a *unidad: proporción y armonía*; sus dominios se extienden a los sonidos y timbres, a los colores y tonos, a las formas y a las líneas y, mientras la proporción se reduce casi únicamente a las artes plásticas y a la arquitectura, la armonía domina en todas las artes y en todos los géneros de bellezas. Este conjunto forma lo que podríamos llamar la *ley*

*del orden*, que se impone por completo en el objeto bello y hace *resplandecer* su interna naturaleza.

Lo anteriormente expuesto nos lleva a una definición de la belleza: es ella, *el resplandor de la perfección ideal del objeto en la proporción de sus partes y en el orden de sus actividades*.

El sentido común distingue los grados de la belleza y sus conceptos afines: lo gracioso, elegante, grandioso, sublime, ridículo y trágico. Algunos de estos elementos aumentan la belleza — lo *sublime*; — otros la disminuyen — lo gracioso; — otros, en fin, se oponen a ella por cierta manera de contraste, a saber: lo *ridículo*.

*Arte*, es pues, en el sentido más general de la palabra, el conjunto de medios destinados a realizar *obras bellas*: y *artista* es aquel que tiene el soberano dón de producir belleza, de dignificar e iluminar los seres de la Naturaleza con los resplandores de un mundo superior: el mundo de las ideas.

El verdadero artista es creador: si no da el ser a la substancia de las cosas, le procura sus formas y con ellas una existencia física visible y palpable a los seres cuyo tipo ha concebido en su propia mente, produciendo así el *ideal*. Esta es la verdadera gloria del artífice. La escuela realista rechaza el ideal como cosa inútil y aún nociva para el Arte; pero, contra semejante teoría está el sentimiento unánime de los verdaderos artistas, de aquellos cuya fama ha consagrado la posteridad, admirando constantemente sus obras: *Miguel Angel, Rafael, Guido Reni, Brunelleschi, Van Dick, Meissonnier, Leonardo Da Vinci, Garnier, Canova, Thornwalsen*, y tantos otros genios de todos los tiempos y de todos los países.

Hemos hablado del eclecticismo del buen gusto, accesible también a Creso como a Job; y notaremos la multiplicidad de los medios — siempre inéditos — para realizar ese mismo buen gusto que no conoce reglas ni imposiciones, pero que se acrecienta siempre con los recursos de una imaginación sin límites, con tal que dicha imaginación sea ponderada y artística.

Por desgracia, so pretexto de originalidad se cae en excen- tricidades locas y presuntuosas. Para diferenciarse de lo banal se llega a crear «nuevo» que no es sino el desperdicio mismo de la banalidad: así se ideó el *Modern style*, obra maestra de complicación y de desorden y que quiso emanciparse del

*arte clásico*, cuya pureza y hermosura se debe — precisamente — a la eliminación de todo lo inútil y superfluo.

La educación del gusto debe ser visual: el ojo se acostumbra a la dulzura de ver, así como el corazón se enternece ante los sentimientos delicados, o el oído se deleita con una armonía exquisita. Esta educación se adquiere con la vecindad de contactos favorables y no debemos confundir la *educación del buen gusto* con la *educación social*, a pesar que ambas se complementan: si una rosa es bella y huele bien, su forma estética no puede sernos indiferente; porque la armonía de los ojos comulga siempre con la del alma.

La Naturaleza debe ser nuestra maestra en todo lo tocante a armonía; mirad la armonía del invierno: es gris; la de la primavera es azulada, y es rosada la del verano. Vuestros trajes se inspirarán, pues, en esas tonalidades del buen gusto y en el colorido de las estaciones. Lo mismo podríamos afirmar de las frutas y flores de los diversos países, como también del tinte de la piel de sus habitantes y de su idiosincrasia: ved cómo las razas tropicales son exuberantes y tranquilas las cercanas a los polos: es una sencilla cuestión de alumbrado y calor solares.

Pensad que la liebre es del color de nuestros llanos, mientras que es blanca en las estepas rusas: todo se adapta al medio en la naturaleza y nosotros debemos imitarla. ¡Qué desastroso efecto haría un sombrero de copa llevado en el campo, o un traje de seda en la playa! Porque la Naturaleza, con su aire místico nos manda plegarnos al ambiente y comulgar con él, para que así no produzcamos nota alguna discordante.

¡Con cuán sutil espíritu de conveniencia se adapta el camello a la aridez del desierto! Pero ¿se figuraría alguien el efecto desastroso que allí haría un rebaño de toros holandeses, o una bandada de papagayos de colores fuertes y chillones...?

Y no se debe confundir tampoco la dejación con lo pintoresco: una choza en ruinas puede ser hermosa; pero una vulgar casa de campo, desmantelada en medio de la verdura, da un aspecto de tristeza risible y de mal gusto. Por lo mismo, si lo viejo tiene carácter, lo antiguo falsificado no posee ninguno y es insultante porque pretende engañarnos con una riqueza y un buen gusto de que carece en absoluto.

De aquí que los muebles y cuadros de los siglos pasados no tengan virtud ni valor intrínsecos: no basta ser antiguo para merecer, como tampoco se debe llegar a una austeridad artísti-

ca artificial, como hemos solido verlo tantas veces en personas presuntuosas e ignorantes.

También es preciso estudiar el *tacto del buen gusto*, que se asemeja al pebetero de donde se exhalan perfumes finos y discretos: el buen gusto se convierte entonces en una cuestión de sentimiento y de medida, que entra en la categoría de las cosas que se sienten sin poderlas explicar. Una canción dulce puede acompañar agradablemente la contemplación de un paisaje hermoso, mientras que un grito agudo desentonaría allí y mistificaría al espectador; un riachuelo murmura en la pradera y es el torrente el que ruge contra las rocas: la Naturaleza es un maestro excelente del buen gusto.

Del mismo modo, la inocencia impone respeto; y nadie se atrevería a subrayar delante de un niño el cuento inmoral que nos avergüenza. Sin embargo, hay gentes deplorablemente zonzas, y que se creen hábiles, porque dicen chistes: como hay fanfarrones por miedo, o valientes porque no corren ningún peligro.

Todos ellos son individuos de mal gusto: son flores artificiales, falso lujo y pacotillas de bondad.

Pero, la educación corrige todo esto y lo cubre con un velo de oro: los defectos disminuyen, los vicios desaparecen de tal modo que el buen gusto se asemeja a un jardín cultivado en el cual — entre las plantas raras — no se permite el desarrollo de las ortigas.

Los errores del gusto pueden resultar de varias causas: ignorancia de la armonía de los colores: falta de conocimiento de las formas estéticas; instrucción defectuosa o deficiente; olvido de las buenas maneras y del saber vivir.

No repetiremos nuevamente que esas virtudes no se improvisan, ni que son el privilegio de las clases ricas o instruídas, sin educación particular; pero insistiremos precisamente sobre dicha *educación particular*, tan necesaria de mantener entre los artistas o entre los burgueses pobres o ricos: estos últimos son más dignos de crítica: porque pudiéndose procurar belleza, pasan a su lado, sin darse cuenta de ella. El rico de mal gusto es, pues, el verdugo del Arte y su peor enemigo.

Antes de continuar, trataremos un momento de la *armonía de los colores*.

Discusiones han ocurrido entre fabricantes de tejidos y clientes, porque dibujos negros sobre fondos rojos o carmines,

parecían verdes. Otras veces, dibujos grises sobre fondos verdes se cambian en dibujos verdes...

Semejante fenómeno viene de una teoría general sobre la influencia que dos tonos ejercen entre sí y que nos lleva al estudio de los *colores complementarios*. Si observamos fijamente y durante un momento un cuadrado *rojo* colocado sobre un papel blanco, no tardaremos en distinguirle un borde *verde claro*: si continuamos mirando ese cuadrado *rojo* y trasladamos con rapidez la vista a una hoja blanca, veremos en ella un cuadrado de la misma dimensión y totalmente *verde claro*: el rojo y el verde son colores complementarios, como lo son también el azul y el anaranjado, el violeta y el amarillo verdoso.

Es éste un fenómeno que se debe tener muy presente al elegir los colores de nuestros trajes, fenómeno que nos lleva al estudio de los *contrastos simultáneos*; si miramos a un mismo tiempo dos tiras de papel coloreadas diversamente y situadas una al lado de la otra, veremos en los tonos y los coloridos ciertas modificaciones que se harán más o menos sensibles, según la delicadeza del ojo que las observa y la naturaleza misma de los colores.

Si estudiamos ahora el vestido, la ley de los contrastes simultáneos puede prestarnos grandes servicios. Así, por ejemplo: los velos negros sobre sombreros verdes toman un matiz verdoso; un tono rosado sobre el cutis hace palidecer sensiblemente, razón por la cual ese color sienta más a las morenas que a las rubias. Un almacén de modista cuyos cortinajes o empapelados fueran rojos haría que las clientes parecieran más pálidas; si el tinte general hubiera sido verde, la tez de ellas se habría visto rosada.

También es importante — en los diversos detalles de la *toilette* femenina — tener muy en cuenta los *reflejos* que puedan hacer desaparecer la acción de los contrastes y producir efectos totalmente opuestos y desagradables.

El primer escrúpulo del gusto — en materia de colores — es la *prudencia*. Debemos buscar siempre los matices suaves, abandonando las audacias de los rojos, los violetas, los amarillos, etc., demasiado vistosos para un gusto refinado. Y no olvidaremos el tono claro u oscuro de la cara para elegir nuestra *toilette* o la decoración de nuestro hogar. De lo contrario, obraríamos como los negros, que a pesar de la obscuridad de su epidermis, no temen — por ausencia total de buen gusto —

cubrirse con géneros claros o demasiado coloreados, que subrayan aún más la negrura de su piel.

Daremos algunos ejemplos de tonos agrios o crudos que hieren: el verde ensalada, el de los bancos de nuestros paseos, el azul Francia, el rosado fuerte, el amarillo canario, el rojo escarlata, los galones metálicos — oro o plata — demasiado brillantes y que ganan enormemente cuando el tiempo y el uso los patinan...

Todo ello sólo demuestra pésimo gusto.

Tampoco deberemos caer en los colores falsos, sin franqueza: hay tal variedad en los amarillos, los azules, los rojos y los verdes, que el error se excusa al principiar la educación del buen gusto. Enviad vuestras sirvientes a comprar una cinta azul, verde o roja al almacén más cercano; no se equivocará jamás: os traerá el tono más vivo y atroz que encuentre. De ahí viene el consejo de adoptar en principio tonos tranquilos, sobrios y desteñidos, de preferencia a aquellos matices más fuertes, encendidos y vistosos.

Llegamos así a estudiar los colores que poseen virtudes ópticas ventajosas o molestas: los matices oscuros adelgazan el cuerpo y disminuyen el aspecto de una pieza, mientras que los tonos claros producen un efecto opuesto: nos vestiremos, pues en armonía con nuestra corpulencia y nuestro físico y elegiremos empapelados y géneros de tonalidades claras, aunque los cuadros resalten mejor sobre sombríos — como igualmente ocurre con la belleza de la propia dueña de casa. Goethe pretendía que los coloridos tienen gran influencia sobre el alma: excitan las sensaciones naturales o hacen nacer emociones; así, el rojo fuerte exalta las plantas y los animales: la raza bovina, por ejemplo. En cuanto a la acción nerviosa de ese tono sobre los seres humanos, nadie puede negarla y es de todos conocida.

Las flores, armoniosamente mezcladas, agregan a su seducción un encanto nuevo, porque nada es indiferente al desarrollo razonado de la belleza: el perfume mismo con que la mujer se rocía, debe tener íntima relación con el tipo especial de su hermosura y con su distinción.

La *forma* debe ser sencilla, como lo fueron los colores: la complicación de una forma le da su fealdad propia: en cambio aquella que es simple, presenta gran aspecto y majestad, mientras que otra más rebuscada, parecerá mezquina. Por esta razón es que el abuso de la exornación y decoración de una



casa, la multiplicidad de los colores que las acompañan, la falsa riqueza del oro o de la plata que relucen por doquier, descomponen el ambiente y demuestran un mal gusto refinado; una estatuita común; una bombonera sin interés; un abanico sin belleza intrínseca o que quiere simular económicamente una pieza consagrada y antigua, no son obras de arte que deben figurar en un interior que se respeta. Del mismo modo, nuestros objetos de uso corriente que —so pretexto de no caer en la banalidad— toman formas de vehículos, de botes, toneles, casas rústicas suizas o automóviles, cuando son en realidad simples tinteros o recipientes para conservar el tabaco, hacen recordar por su inconmensurable mal gusto a aquellas sortijas, alfileres de corbata o cachimbas que representan culebras, perros o calaveras. . . .

La forma se bastará a sí misma: debe ser inspirada decorativamente y no confeccionada con tontería, simpleza o vulgaridad: hemos visto mangos de paraguas figurados por una piedad de mujer; garras de león colgando de una cadena de reloj; negros monstruosos que sostienen un platillo con útiles para fumar; conchas enormes en vitrinas de salón; limpia plumas adornados con un perrito faldero; ceniceros en forma de kepí, y mil otros «*bibelots* artísticos» de un gusto abominable y que solamente demuestran una absoluta carencia de educación y de imaginación para comprender lo que realmente es bello.

Es natural, pues, que el buen gusto, la delicadeza y el tacto del hombre culto combatan a sangre y fuego semejantes herejías y aberraciones y las destierren de su hogar, junto con tantas otras excentricidades que algunos aceptan, creyendo así salir de la banalidad y poseer novedades que no todo el mundo puede ostentar.

La indumentaria además de estar ligada por un lado a la industria, al comercio y a las artes y por otro a la higiene, la moral y la cultura de los pueblos, encierra un gran interés histórico, compenetrándose en su desarrollo y eslabonamiento; y por esencia constituye —en lo artístico— elemento vivo y directamente impresionable de la estética dominante en cada época.

En historia nada hay despreciable o de poca valía: basta que pertenezca al ramo para que el menor rasgo venga estimado y cuidadosamente recogido, como producto legítimo de unos tiempos y unos hombres que ya no pueden volver; y, de consi-

guiente, imposible de reconstituir, ni con todo el talento de los sabios, ni con la totalidad del dinero del mundo.

Mas, en la indumentaria hay otro factor: no es ella un mero capricho debido a fantasías noveleras o a petulancias antojadizas; sino que es filiación de la estética, la que se resuelve en las fórmulas del Arte y en su desarrollo normal, racional y filosófico, a través de las edades.

Compárese la vestimenta de una época con la de otra y se verá cuan radicalmente discrepan entre ellas; analícense profundamente y se observará cuánta relación guardan con el modo de ser de los pueblos o sociedades a que se refieren; mírese, en fin, con ojos de entendido la relación del traje con las demás producciones artísticas en arquitectura, escultura, pintura, música, etc., y no dejará de sentirse su íntima analogía de sentimiento en sus formas y conjuntos, en sus líneas, aspectos y accesorios.

Ni podría ser de otra manera: los hombres y las sociedades obedecen a una civilización que procede por grados, como todo lo humano. Comenzaron siendo sencillas; luego, a medida que progresaban, aumentaron sus necesidades y exigencias; y, por fin — conseguido el esplendor inherente al período álgido y a la crisis de cada cielo — ya nada bastó para su grandeza y ambición. Cada uno de sus movimientos y escalones se realizó dentro de una órbita en la cual giran las diversas civilizaciones constitutivas del encadenamiento histórico — llámense ellas: egipcia, fenicia, asiria, grecoromana, cristiana, moderna, etc. respectivamente hijas de sus dogmas y convencimientos, de su política y de su estética; causas eficientes de la idiosincrasia respectiva y del cuadro de su vitalidad en todo género de creaciones y encarnaciones, que ellas dejaron después sobre la Tierra: fisonomía, costumbres, inventos o artes monumentales.

El hombre — una vez civilizado — debió, por necesidad, adoptar una vestidura con la cual había de exhibirse en todos los actos y situaciones de la vida; he aquí por qué el traje, adherido al hombre, se afilia al Arte y viene compenetrado en sus manifestaciones sucesivas; he aquí también por qué la indumentaria encierra un interés muy superior a la volandera frivolidad de la moda y por qué su estudio requiere mucho mayor y más trascendental trabajo de lo que a primera vista aparece.

Como en todos los ramos históricos y en el Arte mismo, los conocimientos se enlazan y a la época que muere le sobrevie-

ne otra que se beneficia o aprovecha de las conquistas de la anterior; de manera que, si el porvenir es indescifrable, en cambio lo pasado será utilizable, ya que ésta es una de las circunstancias anexas al desarrollo histórico en todos sus sentidos, incluso el de la indumentaria.

En el traje, además del interés artístico, compenétranse varios factores de innegable índole social y moral, a la vez que industrial y suntuaria. Encierra, además, interés peculiar suyo, porque — pareciendo versátiles — sus curiosísimas evoluciones son lógicas; y aunque influidas por un capricho a menudo personal, obedecen a un orden sistemático de rigurosa filiación. ¿Cómo hubiese sido posible, cuando el mundo se vestía con túnicas imaginarse el traje a la moderna? Y, sin embargo, la transición ha venido realizándose poco a poco, en la serie de los tiempos y a medida de los sucesivos progresos y necesidades, sin declinar en un ápice del destino que la indumentaria debía llenar.

Por semejante razón, también, encontramos fuera de sitio el traje talar de nuestros sacerdotes: no está en las costumbres del siglo. ¿No vemos a cada momento religiosas a caballo, en bicicleta o manejando automóviles? ¿Su hábito romano es el más indicado para este objeto? Por cierto que no lo es. . . .

Sí por conveniencia social o por motivos políticos, se trató acaso de cohibir la marcha evolutiva de toda indumentaria, no tardó en restablecerse el nivel, trocándose la innovación en fracaso desgraciado. Las mismas exageraciones, que con frecuencia perturbaban el regular desarrollo del indumento, son meros accidentes que no tardan en desvanecerse. Lo constatamos cada día, conforme se vió en el curso de los siglos: un elegante original, una coqueta en boga, la especulación de sastres y modistas, adoptan una prenda nueva o modifican la hechura de las estiladas: la novedad llama la atención y pasa de ordinario muy fugazmente; pero otras veces se impone y extrema hasta lo absurdo, como sucedió con los miriñaques, polizones y guardainfantes; mas entonces — avergonzada de sí misma — se lanzó hacia un extremo contrario, no menos exagerado en ocasiones, y acaba revertiéndose a su cauce natural.

Todas ellas son fehacientes demostraciones de mal gusto y así habremos patentizado de una manera clara que cuando no se tiene buen gusto en el hogar, tampoco se le demuestra en el vestir; el ideal, como el error, son dos extremos semejantes,

aunque den resultados muy diversos y ello se debe a que el espejo en que nos miramos no nos refleja tal como somos, porque su misericordia es infinita y nos permite las más dulces ilusiones: nuestro amor propio — como todo amor — es ciego en absoluto.

Es indispensable saber *llevar un traje*. Y, sin embargo, la vestimenta de algunas personas — aún en las clases altas — suele caer en un ridículo que nos extraña que ellas mismas no reconozcan; son tanto más inexcusables cuanto que sus relaciones sociales, su instrucción y la educación recibida (incompleta o nula en materia de gusto) y su riqueza las han favorecido, llevándolas y colocándolas más cerca de la belleza.

La indumentaria vale solamente por el individuo que la usa: es decir que el gesto físico, los modales afectuosos, corregidos por un estudio bien hecho o la gracia peculiar de la persona, son indispensables para que el traje que ella lleva sea admirado con justicia y sin reservas; o, más claramente una vestimenta cualquiera puede parecer encantadora sobre un cuerpo elegante.

Hay siluetas que no se ven bien sino envueltas con cierta negligencia: a defecto de hermosura demuestran una seducción especial. En cambio, hay formas impecables que necesitan una perfecta corrección y por ello, la mujer de cuerpo escultural preferirá siempre llevar un traje sastre que haga valer y admirar sus bellas formas.

Por definición y esencia, la hembra tiene mejor gusto que el macho: estimulada por su coquetería y haciendo a un lado su debilidad ingénita, que la colocaría en inferioridad manifiesta ante el hombre; con mayor sutileza y sagacidad y con más tiempo disponible para las ociosidades del espíritu y de la imaginación, jamás podremos nosotros luchar con ella en todo aquello que tenga que ver con el vestir.

En cambio, si el hombre se entrega a un buen artífice; si no busca originalidades en el corte o en los tejidos, nadie podrá tacharlo de ridículo, enfundado que esté en su inmutable vestón, en la respetable levita; en el flamante chaqué o en el frac impecable, mientras que la mujer podrá equivocarse entre la diversidad innumerable de frivolerías y adornos con que acompaña su vestimenta.

El hombre de gusto tendrá necesariamente que ser elegante; poseerá ese *chic* que ni se da ni se aprende y que no debere- mos confundir con el *dandismo* de mal gusto; pero cuya impor-

tancia en él es necesaria, ya que al macho deberá juzgársele por su cerebro y su corazón. Esa elegancia— aquel *chic* tan deseado — es más indispensable en la mujer, ya que es ella sola, por su distinción, su vestir hermoso y recatado y por sus principios mismos, quien *clasifica — socialmente — a su marido*.

¡Cuántas decepciones no hemos pasado al conocer a una señora después de haber admirado la inteligencia y el físico de su esposo! . . .

Una vestimenta complicada y cara no siempre es hermosa, ya que la abundancia de encajes y de adornos suele formar un conjunto absolutamente contrario a la Belleza. Pero una mujer sin gusto preferirá — siempre que pueda pagarlo — un vestido de gran costo, complicado, vistoso y lleno de adornos. Por el contrario, la modesta obrera parisiense, cubierta con un tejido de pocos francos el metro, se ve encantadora y llena de atractivos porque su gracia consiste en la sencillez de un traje bien llevado y en la modestia que irradia de toda belleza que se ignora a sí misma; razón por la cual una mujer de buen gusto se vestirá con poca cosa: una tela sobria de tonos y sin extravagancias en su trama y una hechura sencilla y apropiada a su físico, unidas ambas a una apreciación racional de la clase de vestido que deberá llevar según las circunstancias del día y de la hora, serán el código de la *toilette* femenina de buen gusto.

Y, para terminar este examen del mal gusto en el vestir, recordaremos el deplorable efecto que produce la vanidad ingénita, la ostentación cursi de la riqueza y de todo aquello que no excusa una inteligencia bien cimentada. Hay fatuidad en el *hombre que las mujeres persiguen*: la hay en el macho *irresistible* en fin, que cuenta sus éxitos y deja en los oyentes un sentimiento penoso y detestable. Esa fatuidad se extiende a todas las actividades: un pintor en ciernes dará gustoso consejos a un maestro en su arte, el que — caritativa y educadamente — recibirá tan ingenua lección. Las ancianas sesentonas serán ridículas en todas partes y en todo tiempo, porque la mujer — que es la belleza personificada — debe saber renunciar a los gajes de su sexo por respeto hacia ella misma y por el temor que pueda producir críticas en los otros esta destestable demostración de mal gusto.

Por lo demás, llega un momento de la vida en que adoptamos — hombres y mujeres — un tipo de vestido del cual ya no saldremos: a partir de cierta edad encontramos, al fin, la indu-

mentaria confortable y estética que nos dará nuestro verdadero carácter.

Nuestros cabellos, cuyas canas incipientes escondíamos con gran esmero, brillan ahora en todo su albor y nos consolamos al pensar que — a pesar de los años — es nuestro corazón el que todavía no ha envejecido. . . . .

Es lógico que las reglas del buen gusto que hemos insinuado a propósito de la vestimenta femenina admitan algunas excepciones, principalmente cuando manda la *moda* todopoderosa: pero el Arte sufre entonces y sufre intensamente, herido en su dignidad y en su sublime grandeza. Sin embargo, el hombre acepta todas las imposiciones, ya que — cualquiera que haya sido la moda — las mujeres fueron siempre admiradas, hermosas y amadas, a pesar del ridículo que la época presente se complace «ingenuamente» en discernir a la hembra de otros siglos. Decimos «ingenuamente» porque la moda pasa y vuelve de nuevo más o menos transformada, mientras que permanece inmutable la belleza de la mujer, siempre sonriente y seductora.

Para muchos de los que así piensan, los apóstoles del sublime y del ideal son seres insensatos, que la ignorancia de los demás desdeña porque no puede comprenderlos: ¡es tan fácil condenar la belleza cuando no se la conoce! . . . . No debemos tampoco olvidar que esa belleza que se une al Arte es esencialmente dueña y señora de la coquetería y que esta misma coquetería no es un defecto en la mujer — como tantas envidiosas lo aseguran — sino un bien propio de su sexo; en cambio, la fealdad no tiene derecho alguno para disimularse bajo el hábito de una virtud obligada y mohina: ¿no hemos oído con frecuencia a una dama decir de otra: «se pinta mucho los labios y se perfuma demasiado». «Es muy hermosa, pero es tan tonta»? . Porque en arte como en gusto, todos nos creemos competentes y nos consagramos maestros, opinión — ésta — que la buena crianza, la indiferencia o la ironía de los demás desarrollan y alientan.

¡Supieran esos improvisados genios de aberración artística la hilaridad que su pretensión provoca, salvo cuando su monstruosa incompetencia no nos hace llorar por lo peligrosa que es para el buen sentido de la colectividad!

La mujer representa la belleza y la gracia por excelencia: es ella también el sexo débil y hermoso y la mejor parte de nosotros mismos, porque nos supera siempre en bondad. Por lo tanto, pretendemos encontrar en la hembra mayores virtudes físicas y morales que las que puede exhibir el hombre; ésto nos hace ver que son la gracia exagerada y la sensibilidad y dulzura excesivas del bello sexo las que lo lanzan en los errores fundamentales de su gusto.

Así, todos conocemos períodos de la historia del mundo poblados por ridículas sugerencias femeninas: amores imaginarios con grandes señores, ricos y poderosos y que cantan bajo balcones floridos; escenas de pastoras vestidas de seda; paisajes sin pintoresco, pero llenos de ovejas encintadas; visiones todas artificiales, sentimentalismo ficticio que desnaturalizan el sentido delicado de la Belleza y de la Verdad, errores en los cuales cayó aquella Corte despreocupada, ociosa y frívola de María Antonieta.

Hoy día el feminismo murmura y regaña: la mujer quiere despojarse de su gracia ingénita y su belleza parece pesarle ya demasiado; desea asemejarse a nosotros, ser tan fea como el hombre y poseer todos sus defectos: fuma, suele vestir pantalones, se mezcla en política, vota, usa cabellos cortos, maneja automóviles, bebe cocktails y aperitivos, mira despectivamente ¡si no con horror! el matrimonio y los hijos por llegar. El día en que la divina coquetería haya desertado los instintos del sexo débil ¡adios Belleza! Hermosa en contra de su voluntad, la mujer no se separa aún de su propia seducción y difícilmente conseguirá ella quitarse de la frente la corona de reina con que la Naturaleza la ha ceñido.

Obrar en la forma exclusiva en que ahora lo pretende, no demuestra, por cierto, muy buen gusto.

Pero hay un término medio que contemplar, y esa mujer, que describiremos más adelante, debe merecer toda nuestra simpatía y nuestra ayuda desinteresada, como en seguida lo veremos.

En efecto, de ese desequilibrio — nuevo para nosotros — no toda la culpa la tiene la mujer misma: es la educación que hemos solido dar a nuestras hijas, al inculcarles ideas falsas en nombre de una moral estrecha, la que hace que los sentimientos más verdaderos y respetables les sean equivocadamente explicados o que los escondamos cuidadosamente, so pretexto de un pudor mal entendido. No nos extrañemos entonces de los

frutos inesperados de semejante educación artificial: el Arte, emanación de la Belleza misma, como ya tantas veces hemos tenido ocasión de expresarlo, no puede alcanzar hasta el alma de esa niña, porque no está ella preparada para una emoción sincera y porque la revelación exacta de la Naturaleza le parecerá un verdadero crimen.

Como consecuencia se ve que persisten por mucho tiempo en esa mujer primicias graves y erradas, ya que la enseñanza de ese buen gusto posterior emanará de ella misma; y como la Naturaleza la creó eminentemente graciosa y coqueta, aquella educación tendrá fatal influencia en sus costumbres y sus gustos.

Pero a pesar que la educación moderna con que gratificamos a nuestras hijas ha evolucionado totalmente, saliendo de los marcos estrechos que le había fijado la mogigatería de antaño, para dirigirse ahora hacia nuevos horizontes que suelen desconcertarnos — a nosotros que datamos del siglo pasado, tan romántico y mesurado en sus últimas décadas — no se puede negar que la niña de hoy, si no se parece a su antepasada de 1900 que — con sus inmensas mangas, sus faldas que rozaban el suelo y aquellos sombreros que imitaban pajareras cuando no simulaban hortalizas — nos procuraba una sensación de tranquilizadora nostalgia, de alegría sin exaltación y de belleza ponderada; aquella jovencita — decimos — se ha abierto en cambio, ella misma, y en reñido combate con el hombre, vías nuevas e interesantes que le procuran personalidad, libertad absoluta y cierto desplante con conocimiento del mundo y de sus problemas que ignoraron siempre nuestras antepasadas.

Los estudios que ha cursado; su roce con los extranjeros, los políticos o los profesionales; sus viajes, el uso — desmedido a veces — de los aperitivos, de los cocktails y del cigarrillo; la falda corta y el pantalón de montar; las lecturas filosóficas y un tanto inmorales con que suele recrear su espíritu; la camaradería con jóvenes de su edad o con casados ya maduros; su noble deseo de servir a su patria dando su voto al más digno; todo ello le han formado un alma y un corazón diferente de los de sus anteriores congéneres: precisa hoy mayor desenvolvimiento intelectual y produce mayor rendimiento personal, lo que le permite abordar con conocimientos más lógicos y profundos los arduos problemas que la vida moderna le pone a cada paso, y en los cuales suele ella tropezar — caer a menudo — pero que la mayoría atraviesa airosamente.....



La niña de hoy día estudia, trabaja con independencia, conoce y resuelve temas que habrían horrorizado a nuestras madres: ella forma en la vanguardia de la noble falange de la Cruz Roja; es Visitadora Social; es Abogado, Arquitecto o Médico; es o ha sido Alcalde de nuestras ciudades; mañana será Diputado o Senador; y aquellas lepras escondidas y afrentosas que con tan desconsoladora frecuencia corroen el alma y el cuerpo de nuestro desgraciado pueblo no la asustan. Elegantemente vestida, llega al hogar del desvalido y entra allí como el ángel que consuela con su bondad infinita, su elocuencia sencilla y su caridad sin límites: ¡cuánto bienestar físico y moral no ha procurado la llegada de esas niñas que creíamos incapaces de medir la miseria humana y de sentirla! ¡Cuántos matrimonios regularizados, cuántos hijos reconocidos, alimentados, vestidos y educados, gracias a la sublime labor de esas loquecillas, que a menudo no comprendemos y por esta razón criticamos con enorme e incalificable injusticia!

Si ello no representa Belleza moral, no sabríamos a quien dar este título — ¡Buen gusto y Belleza!

Hemos hablado anteriormente del mal gusto de que hacen gala ciertos artistas jóvenes y petulantes, lo que nos lleva a estudiar el errado entendimiento del Arte mismo.

El temor — llamémoslo algunos: la virtud — del desnudo en el Arte es la causa inicial de la defectuosa apreciación de la Naturaleza, porque la mentira está reñida con ella y sabemos muy bien que nada de lo que es falso representa belleza: la imaginación se exalta sólo cuando invocamos las verdades, ya que los cuentos de hadas — por muy hermosos que ellos sean — son únicamente del agrado de los niños, que carecen en absoluto de la experiencia y del sentido de la vida.

Por lo tanto, el desnudo es para muchos algo monstruoso, y esta hipocresía es la causa de que cierta categoría de personas caigan en el error contrario; en el vestido femenino que deja adivinar un poco y promete mucho más. . . . . Porque el desnudo es casto y no lo son ciertas indumentarias que admiramos con frecuencia en nuestras fiestas sociales. El desnudo en el Arte es hermoso; en cambio aquella vestimenta — además de coqueta — es excitante e indecorosa: el primero se dirige al corazón y al espíritu; la segunda nos habla de amor y tiene un lado sensual que la Belleza ignora y no admite, porque ésta va a los nervios y a la imaginación, mientras que lo bello se funda

en una educación refinada y en emociones puramente cerebrales.

Pero al lado de la ignorancia artística no disimulada, está el *snobismo* que se pasma ante cualquiera obra vulgar, valga o no la pena; representa él una pequeña educación de arte aparente, que — para no desmostrarse en toda su pobreza — exagera sus sensibilidades: sería horrible y monstruoso permitir que el snobismo atentara en contra de la Religión del Arte. En cambio, el vulgo se contenta con su propia ignorancia, y después de lanzarnos una enorme herejía sobre el Arte, nos dice — lleno de presuntuosa importancia — «sobre gustos y colores no hay nada escrito. . . .»

¡Error incomensurable, increíble orgullo de quien no posee noción alguna sobre un tema que le está vedado, ya que lo ignorará siempre debido a la escasa cultura de que disfruta!

Y, ¿qué decir del buen gusto que revela lo que se ha dado en llamar «música moderna»? No trato, por cierto, de los maestros avanzados y universalmente respetados de fines del siglo último y de comienzos del presente: Milhaud, Satie, Ravel, Debussy, etc. No; me refiero a las canciones y a los bailes americanos: las primeras sin gracia alguna, horriblemente nasales, insulsas y horripilantes; y los segundos sin cadencia, ni ritmo, ni armonía, pero de un sentido sádico profundo.

A juzgar por el placer que demuestra la juventud moderna por estas danzas exóticas — que la civilización de hoy día ha ido a buscar al fondo de las salvajes selvas africanas — es de creer que posean ellas alguna fuerza de convicción misteriosa y lasciva.

La rumba nos recuerda las trágicas zarabandas de los negros en los claros de sus bosques, y es aullante de sensualismo primitivo e impuro; y el tango es el baile vertiginoso y carnal de los barrios más bajos de la antigua Buenos Aires, allí donde el macho excitado y enloquecido por el licor capitoso y la bebida enervante, maltrataba a la mujer que se había escogido para subyugarla y predisponerla a las escenas inmorales en que aquel «compadrito» se demostró maestro: la hembra — vencida y rugiente — se entregaba toda entera y sin pudor a la bestial concupiscencia del sátiro de arrabal.

Estos son los bailes y las danzas que consideran artísticos y los únicos con que se complacen las pobres generaciones actuales. . . .

¡Cómo continúa vengándose sutilmente la madre naturale-

za de todo aquel que abandona la recta y hermosa senda del buen gusto para lanzarse con frenesí por el atajo palpitante de la voluptuosidad. . . . ! Rumba y tango — lascivia, sensualidad, placeres indecorosos — son danzas que ni siquiera poseen la originalidad que ahora exige el snobismo reinante y que debemos desterrar como indignas de ser practicadas por las mujeres recatadas y puras, como debemos suponer a nuestras esposas y a las hijas que estamos formando con cariño sumo y complacencia razonada: tal madre que no permitiría que su hija fuera al cine con un joven amigo, no ve inconveniente alguno para que ésta frote su cuerpo virgen contra el de su compañero de danza que no siempre demuestra la caballerosidad indispensable en aquel a quien se confía la inocencia y el candor.

Cuentan que un viejo y desdentado negro, hijo de esclavos de Florida y muy hábil — como lo son todos los de su raza — al presenciar una fiesta moderna en que danzaban al són de una orquesta formada por hombres de tez oscura — como él — y vestidos con albos smokings, y al oír los gritos, zapateos y sonidos destemplados que más parecían quejidos de ajusticiados e insultos que notas musicales, dijo con socarronería: «durante los largos siglos de esclavitud nuestros amos los blancos nos hacían trabajar y bailar a latigazos; nos hemos vengado: ahora somos nosotros los patronos y hemos conseguido obligar a los de esa raza odiada a saltar como locos y a levantar estúpidamente las piernas para seguir, entusiasmados, los golpes de nuestros trombones. ¡Cómo se ponen en ridículo esas niñas y esos muchachos!

¡Cuánta verdad y buen sentido demuestra este humorismo del descendiente africano!

¡Cuándo se formará en todos los países una *Liga del Buen Gusto*, que elimine — en nombre de la Belleza — tanto mueble deforme, tanta pacotilla barata; esos papeles pintados abominables; aquellos tejidos horrorrosos? Liga no menos necesaria que las que se han establecido en nombre de la moral o de la higiene, ya que debería haber una sanción penal para los mercaderes inescrupulosos que engañan, vendiéndonos obras falsificadas y sin belleza. . . . a pesar que quien las adquiere forma quizás la clientela más numerosa.

Por esta razón se necesita la formación de aquella Liga como profilaxia higiénica y moral.

Hoy día el celuloide reemplaza al carey; el símilí - alabas-

tro hace las veces del mármol; el pergamino el del cuero de Córdoba; los vidrios han tomado el sitio del diamante hermoso; el yute el de las alfombras finas: el papel imita las maderas más delicadas y hasta una composición calcárea, lechosa y sin brillo, ha desplazado en los collares que ostentan ahora nuestras mujeres, las perlas que tanto hemos admirado en otras épocas de mejor gusto.

¿Y qué decir de la Arquitectura moderna: fría, sin relieves, sin estilo definido y únicamente utilitaria, con distribuciones estrechísimas y ventanales de fábricas?

Sin embargo, no hay virtud superior al gran Arte, que triunfa sobre todo otro sentimiento, abomina de la mentira y de la falsificación e inspira solamente emociones puras y bellas: el gran Arte es el único cuyo sacerdocio demuestra exquisito gusto y nobleza de alma.

Arte puede haber aún en los deportes, hoy día tan de moda; una carrera de caballos finos; el patinaje en la alta montaña; las diversiones en la nieve, en el magnífico cuadro que la Naturaleza nos depara; todas las demostraciones de un buen jinete son hermosas cadencias del Arte y merecen nuestros aplausos. Pero ¿puede reclamarse de gusto artístico una sesión de box? He asistido sólo una vez a este «entretenimiento popular» tan en boga en el mundo entero. La escena fué indigna: dos campeones provistos de un físico repugnante — la obesidad de cada uno luchaba con ventaja sobre el relieve desmedido de sus músculos — hacían brotar la sangre que inundaba el piso; el público entusiasmado aplaudía cada golpe que hería; y aquellas dos bestias enloquecidas se excitaban mutuamente con tremendo empuje, que embriagaba a los espectadores y los hacía lanzar rugidos de rabia salvaje o de gozo animal.....

¿Qué pensar de semejantes violencias deportivas? Anteriormente las riñas de gallos y las corridas de toros habían sido desterradas por los pueblos cultos. Hoy día, el histerismo enfermizo y la malsana curiosidad se dan cita en estos casos patológicos: el local se llena de espectadores que se creen seres humanos y civilizados y que no ven, sin embargo, la inmensa falta de gusto que significan estas «diversiones»; que nuestra crueldad disponga de la vida y del dolor de los animales podía comprenderse en épocas primitivas, pero que una sociedad bien constituida autorice esos pugilatos humanos o dé y ensalce el crimen en espectáculo — me refiero a los cines de ahora —

para afirmar sencillamente el triunfo de la fuerza muscular y satisfacer los nervios de cierta clase de gente, no podemos comprenderlo y lo encontramos poco inteligente, culpable e inhumano, ya que la sangre es la imagen del mal y de la muerte; las bajas pasiones hacen verterla y si la hemos tomado como símbolo del dolor, ¿por qué entonces darla en espectáculo pagado, que hará que el individuo inconsciente se familiarice con ella y lo acostumbre a pervertir su espíritu, trocándolo quizás en el criminal de mañana?

La belleza y el buen gusto de las corridas de toros sólo pueden aceptarse si se piensa en la hermosura de las damas que a ellas asisten; en sus ricos atavíos; en las mantillas de encajes que salpican los tendidos con la variedad de su colorido; en el traje vistoso de los mismos toreros. Pero, ver los caballos que — heridos ya de muerte — arrastran sus intestinos y los pisotean y la sangre que corre por doquier, dejando enormes manchas en la arena del redondel, no demuestra ni nobleza de alma ni piedad alguna para aquellas nobles bestias, que son nuestros mejores auxiliares en la vida y los amigos más fieles.

El mal gusto de ciertas gentes se da también libre curso durante el juego — sea éste de azar o científico —. La persona de bien que tiene el buen gusto de controlarse y dominar sus nervios, no solamente tendrá mayor opción a ganar, sino que nos presentará siempre una cara sonriente, tanto en los momentos en que se encuentre perdiendo gruesas cantidades, como cuando ha conseguido recolectar todo el dinero de los que con ella se sientan en la mesa. Demostrar displicencias o mal humor en la mala fortuna; dejar sentir su avaricia o su avidez u ostentar un regocijo destemplado al ver que se recogen las sumas obtenidas sobre los demás, es signo infalible de mal gusto y de escasa educación.

Es de reconocido buen gusto y forma ya un axioma de la educación general, que durante las comidas se converse de asuntos agradables. No se deben, por lo tanto, traer a colación aquellos temas que acarreen discusiones o molestias, ni los que procuren reacciones desagradables. La hora de la mesa debe ser un momento de charla general, para que descanse el espíritu y coloque al alma y al cuerpo en situación de que los alimentos que ingerimos no se truequen en venenos. Hace poquísimos días — en un almuerzo al que asistían numerosos doc.

tores — el *leit motiv* de la conversación versó sobre la tuberculosis, su desarrollo y sus consecuencias y no faltaron doctos facultativos que expusieron «casos» — como si se tratara de una sesión científica de la Sociedad Médica — en que el desagradable realismo quitó el apetito a muchos de los comensales. . . .

Todo esto forma parte muy esencial del *mal gusto*.

Hay tantas otras demostraciones del escaso gusto que poseen ciertas gentes y de su incultura: al vulgo le encanta anotar sus impresiones amorosas sobre las murallas y los monumentos. Son actos de vandalismo que una imaginación pobre ejecuta para dejar a la posteridad un recuerdo imperecedero muy importante: el nombre de la mujer amada, escrito dentro de un corazón atravesado por una flecha. . . .

La corteza misma de los árboles no escapa a esta literatura cursi o inmundada de ciertas almas vulgares, que nos hacen sonrojar delante de aquellas inscripciones y dibujos obscenos, demostrativos de tan poca cultura y de tan escaso respeto al ser humano.

Y no son únicamente los particulares quienes cometen faltas tan graves contra el buen gusto: nuestros Municipios mismos suelen deshonorar los paseos públicos con estatuas afrentosas y con perspectivas inadecuadas, cuando no nos obligan a pintar anualmente las fachadas de nuestras casas, como lo hacían ellos con los monumentos de las avenidas y calzadas. Otras veces mutilan el arbolado con esas podas que nadie puede comprender, salvo que la razón que tengan sea la obtención de alguna exigua ganancia con la venta de la leña. . . . ¡La belleza que la Naturaleza nos ha deparado para hermooseamiento de nuestro país, no consigue aplacar la codicia de algunos ediles!

En una palabra: todo ello demuestra mal gusto y un amor sin medida o inconsciente a la Fealdad, los que terminarán por concluir con lo bello si no nos preocupamos con tiempo de educar el sentido artístico de nuestros conciudadanos. De otra manera vencerá al bien porque el mal es más agradable que éste y porque — de un modo general — en Arte es solamente el mal gusto el que atrae al vulgo ignorante, que es el que forma la mayoría de los habitantes de cualquiera comarca, por muy civilizada que ella sea.

Es tiempo ya que ponga fin a esta charla.

Sin embargo, la conclusión a que debería llegar es bien

delicada y quizás sea aún platónica, ya que la inspiración ideal de educar el pensamiento corre siempre el peligro de romperse las alas contra la indiferencia musulmana que ha circundado siempre nuestro Chile.

En resumen, situarse en el justo medio de la belleza como de la moralidad, es demostración de Arte y de Buen Gusto y solamente los espíritus superiores pueden comprenderlo. No así aquellos mediocres que todo lo confunden: es decir que en gusto, en arte y en belleza, la mediocridad es lo que más debemos temer, porque representa una inmensa atenuación del gusto perfecto. La belleza no puede poner un pie en cada campo; y, si ésto ocurriera, el mal gusto saldría triunfante y la Humanidad no tendría entonces ideal alguno de Belleza.

Sin embargo, la timidez del gusto es preferible a la impavidez de aquella excentricidad, que se cree todo permitido cuando la espaldea la riqueza. En la época actual el lujo se ha separado de la Belleza verdadera y de los goces serenos del Arte, en beneficio de ciertos adelantos modernos — el automovilismo, por ejemplo — y no presenta interés alguno para los que antes lo cultivaban. Los Mecenas se han trocado en conductores y sólo quieren hacer mucho ruido, dejar mucho polvo y mucho humo detrás de ellos, para que lo gocen los pobres infelices que no pueden alcanzar las velocidades inauditas con que aquellos se complacen. Es ésta la razón principal porque ya no hay galerías de cuadros: los que disfrutan de fortuna no tendrían tiempo de admirarlos; no más palacios — sólo departamentos estrechos — nada de literatura verdadera: ¿a qué hora leerían ellos? Antiguamente los reyes heredaban un cetro; hoy, en cambio, los hijos de los millonarios reciben un volante: el gesto es menos suntuoso y el interés nulo; porque el Mecenas actual es un degenerado moderno, que sólo ha conservado su riqueza sin saber servirse noblemente de ella, como felizmente ocurría antes. Dentro de sus hermosos sobretodos forrados en pieles, los conductores de automóviles no semejan seres humanos y, en ciertos momentos — cuando dan el máximo de velocidad a sus máquinas — parecen aún carecer de alma. Si atropellan, ofrecerán una indemnización escasa: el gesto del hombre moderno va, pues, hoy día de la mano a la cartera y no del cerebro al corazón.

Todo ello nos está demostrando la necesidad absoluta de educar a las masas, de dirigir su mentalidad y su alma: belle-

za, espectáculos sanos y nobles; libertades naturales temperadas por un verdadero buen gusto; efusión sin más trabas que la sinceridad; aspiraciones elevadas; grandes gastos de Belleza, deben ser las normas que inculquemos al pueblo para sacarlo así de la rutina y de la miseria moral en que ahora vive tan complacido y llevarlo paulatinamente al estudio y comprensión de la Naturaleza, nuestra gran maestra en Arte.

Porque no hay consolación semejante a buscar en ella el descanso de la vida: es en la quietud del campo donde se calman los sollozos; son las flores rústicas las que nos muestran la grandeza sencilla de lo Bello. Al contemplar la hermosura de la Naturaleza, el hombre — vencido quizás ya por los artificios de una vida llena de escepticismo y de desilusiones — se vuelve mejor y más noble y se coloca más cerca del CREADOR.